

# BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra, y reposó el día sétimo. Y bendijo el día sétimo, y santificólo. Gen. Cap. II, v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios)

Dominica quinta despues de Páscoa,

*Petite et accipietis ut  
gaudium vestrum sit  
plenum.*

Jean. XVI. 24.

Pedid y recibireis para que vuestro gozo sea cumplido.

Pedid y recibireis para que vuestro gozo sea completo. Es Jesucristo, maestro divino, y poderoso mediador entre Dios y los hombres el que nos manda pedir, despues de enseñarnos la forma de la oracion, y nos asegura que lograremos cuanto pidamos si lo hacemos en su nombre. ¿Y qué pediremos al Padre en nombre del hijo? Pedidlo todo con tal que no sea contrario á la gloria de Dios y á vuestra salvacion. Pedid la luz y la fuerza de la gracia para vencer los vicios y adquirir las virtudes. Y entre los

vicios que habeis de combatir con cristiano denuedo cuéntase la ira, y entre las virtudes que habeis de adquirir á toda costa figuran la mansedumbre y la paciencia. Os conviene mucho conocer el precio de estas virtudes. No se ama lo que no se conoce. *Ignoti nulla cupido*. Siguiendo el plan que me he propuesto, de presentar las virtudes morales con los rasgos de su intrínseca belleza y de su maravillosa fecundidad, voy á exponer las excelencias de la mansedumbre y de la paciencia y los medios que tenemos á nuestra disposicion para adquirir las y conservarlas.

¡Hermosas virtudes la mansedumbre y la paciencia! Vamos á estudiar sus excelencias, á contemplar las bellezas de estas flores cristianas, á conocer su precio, su virtud maravillosa y sus

delicados y sabrosísimos frutos.

No hay que confundir estas dos flores que germinan en los corazones cristianos y embalsaman con sus delicados aromas los caminos de la vida humana. La mansedumbre y la paciencia son hermanas porque brotan de un mismo tallo que es la caridad; pero se diferencian en que la mansedumbre es el freno de la ira, y la paciencia la moderación de la tristeza, ocasionada por los trabajos y contratiempos de la vida. La mansedumbre regulando y moderando la pasión de la ira, y la paciencia regulando y moderando la pasión de la tristeza nos comunican aliento, vigor y resolución para vencer los arrebatos coléricos y sobrellevar meritoriamente los trabajos y contradicciones, las pérdidas y los infortunios que Dios nos envía, ora en castigo de nuestros pecados, ora como avisos de su misericordia, ora como estímulo de nuestra pereza, ora como crisol de nuestra virtud y siempre como pruebas de su amor paternal que no quiere la perdición del hombre, sino que se convierta y viva.

Conoceis ya los oficios de la mansedumbre y de la paciencia. La primera refrena la pasión de la ira, el apetito desordenado de venganza y nos dá fuerza para ven-

cer el mal con el bien, el ódio con el amor, la guerra con la paz, la ofensa con el perdón, los desprecios con las finezas, los desdenes con obsequios y las ingratitudes con beneficios. La segunda nos dá fuerza para levantar el corazón sobre los males presentes y hacerlos servir á la consecución de los bienes futuros.

Para comprender bien, en toda su hermosa realidad las excelencias de estas dos virtudes, me ha parecido conveniente presentarlas á vuestra contemplación por separado, y así oíd primero las enseñanzas del Evangelio y las lecciones de la experiencia acerca de la mansedumbre.

Jesucristo es el maestro á quien debemos oír y el modelo que debemos imitar. Y este maestro divino nos ha enseñado la mansedumbre, ha mandado su observancia y sancionado su mandato con premios eternos y temporales. En el célebre sermón de la montaña, teniendo á la vista el espantoso cuadro de las discordias, guerras y venganzas que asolaban el mundo, proclamó la mansedumbre y encareció su maravillosa eficacia para curar las llagas sociales y devolver al hombre su dignidad y al mundo los beneficios de una paz sólida y duradera, basada en el amor

de fraternidad. Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra (1). El oráculo de Jesucristo es una ley que obliga á todos los hombres, y cuánta sea la excelencia de esta virtud, demuéstralo la grandeza de los premios que promete á sus vasallos. Promete la posesion de la tierra. Un hombre manso de corazón llega á ser dueño del mundo. Domina los arrebatos de la cólera, ahoga en su cuna todo pensamiento de venganza, y muestra un corazón superior á todos los contratiempos, á todas las ofensas y contradicciones. Si le injurian, perdona de corazón, si le persiguen, si le dañan, si le hieren, se defiende con dignidad, con calma y moderación, y no pocas veces desarma con su mansedumbre á sus enemigos, y les obliga con su afabilidad y grandeza de ánimo á declararse vencidos, y avergonzarse de su injusto proceder. Así se verifica la promesa de Jesucristo: Dichosos los mansos porque ellos poseen la tierra. Dicha grande es la paz, el contento y dulcísima alegría que inunda el corazón de los mansos. Pero ¿cómo puede ser feliz el iracundo? Los contratiempos le irritan, las contradic-

ciones le exasperan, las injurias le vuelven frenético; el odio le abrasa el corazón, el deseo de venganza mueve su lengua, ó arma su brazo, y no duerme ni descansa hasta que haya logrado vengarse de su prójimo. ¿Puede ser dichoso un hombre semejante?

Poned los ojos en el eterno Modelo de toda virtud, ya que habeis escuchado al Maestro de toda verdad. ¿Quién ha sido blanco de tantas injurias, de tantas calumnias, de tantos oprobios como Jesús? ¿Quién ha sido acosado como él, por enemigos mas pérfidos, mas hábiles y malignos? ¿Y quién ha dado al mundo ejemplos mas bellos y edificantes de humildad y mansedumbre? ¿Quién puede acusarle de ira, ó de venganza? Aprended de mí, nos dice, á ser mansos y humildes de corazón, y hallareis reposo en vuestras almas: mi yugo es suave y mi carga ligera. La ira y la venganza son un yugo muy pesado, y una carga de males horribles que humillan nuestra dignidad y nos hacen desgraciados. ¿Qué fruto esperais de la ira y de la venganza? Envenenais vuestra sangre, destruis vuestra salud, pecais contra Dios, contra vuestro prójimo, contra vosotros mismos, y perdeis el reposo de

1. Matth. V, 3.

vuestra alma y todas las gracias, todos los dones, todas las riquezas del cielo y de la tierra prometidas á los mansos y humildes de corazón.

Amad á Dios, ofrecedle el holocausto de vuestros resentimientos, el sacrificio de las ofensas recibidas, y tendreis la paz del corazón, que excede todo sentido, la paz, hija de la caridad, la paz, hermana de la mansedumbre que es el sello del cristiano, la ley de su vida y la condición de su dicha temporal y eterna.

No solo debéis oponer á la ira la mansedumbre sino también la paciencia. Todos sufrimos. El hombre nace de mujer, vive poco tiempo, y se ve cercado de muchas miserias (1). Así habla Job, el rey de los sufrimientos. San Agustín ha dicho que nuestra vida es una enfermedad continuada (2); el autor de la imitación os dice: Oh hombre, mira arriba, mira abajo, mira afuera, mira adentro, y en todas partes hallarás cruz y martirio (3); la Iglesia, maestra de la verdad os enseña con su infalible palabra lo que enseña la experiencia con

sus muy caras lecciones, á saber; que «vivimos jimiendo y llorando en este valle de lágrimas.» ¿Quién puede decir: yo no sufro? Para todos hay una cruz y un calvario. Por caminos sembrados de espinas se vá al país de los goces infinitos y de las eternas alegrías. El hombre siembra sus días sobre la tierra y riega con sus lágrimas los trabajos surcos que abre con su llanto. ¿Qué remedio tienen nuestros males? Cuando el dolor, la enfermedad, las reveses de la fortuna, las ofensas, las esperanzas que se deshacen como un edificio arruinado, las afecciones heridas por la ingratitud, cuando ese tropel de tribulaciones nos acerca y llega á violar las puertas de la régia morada en que habita nuestra alma, ¿qué hacer, hermanos míos? Puesto que el sufrimiento es inevitable, ¿cómo nos conduciremos en presencia del dolor? la paciencia es nuestro escudo, nuestro consuelo y nuestro bien. En ella se embotan los dardos del infortunio, con ella se convierten en flores los abrojos del dolor, en méritos, los sufrimientos, y en coronas las tribulaciones. La paciencia obra maravillas. *Patientia opus perfectum habet*  
Pero ¿cómo adquirir esta virtud

1 Job. XIV. 1.

2 Serm. 74.

3 Lib. II, cap. 12.

y conservarla en medio de tantos obstáculos y de tantas dificultades? Cuando la adversidad se acerque á vuestra casa, y el dolor penetre en vuestro corazón, humillaos bajo la mano poderosa de Dios, examinad en su presencia vuestra vida, interrogad á vuestra conciencia: testigo incorruptible de la justicia divina, ella hablará por vosotros, si rehusais confesarla, y exclamará mirando al cielo: *Justus es Domine, et rectum judicium tuum*. Justo eres, Señor, y recto tu juicio (1). Padecemos porque pecamos. Somos hijos del dolor porque somos pecadores. Dios no nos ha criado para sufrir; nosotros hemos elegido el camino del dolor, y el Apóstol os dice que por ese camino sembrado de tribulaciones se llega al paraíso de las eternas alegrías.

Los que acusan á la Providencia cuando padecen, los que blasfeman de Dios cuando el viento de la adversidad azota su rostro, los que se irritan y enfurecen, cuando la tribulación acibara su existencia, debieran acusarse á sí mismos, irritarse contra sus pecados y reconocer que ellos son los que atraen sobre sus cabezas los golpes de la divina jus-

ticia. Si tubiesen fé; si amaran á Dios, y aborreciesen sus pecados, la paciencia brotaría en su corazón atribulado y obraría dos maravillas: calmar el dolor, y hacer meritorio el sufrimiento.

Si considerasemos nuestro último fin y escuchásemos las enseñanzas de la fé, tendríamos un conocimiento cabal de la vida, de nuestra vocacion y de nuestro destino; sabríamos que nuestra vida tiene dos partes: una fugitiva y mudable, otra permanente y eterna; una fiesta mezclada de tristeza y alegría, otra fiesta eterna en que la dicha no puede ser turbada. Una fiesta eterna y unos goces purísimos é inmortales ¿no merecen unos momentos de dolor y de amargura? Mirad al cielo que es la pátria de las eternas alegrías, avivad vuestra fé, pedid á Dios la gracia de la fortaleza, buscad en los Sacramentos la fuerza divina, y no os faltará en el día de la adversidad la virtud de la paciencia. Pedid á Dios este escudo, este auxilio, este talisman que obra maravillas. *Petite et accipietis*. Pedid con fé, pedid en nombre de Jesucristo para que vuestro gozo sea cumplido. Pedid la gracia de ser mansos y pacientes, y alcanzaréis las eternas recompensas.

1 Psal. 118.

## UN GRAN MILAGRO.

(Conclusion.)

—Este es un duelo entre Dios y yo, en quien Dios es el vencedor, y yo quien gana el fruto de su victoria. Yo puedo decir, como quien canta victoria:—¡Venciste Galileo! Oiga usted y cuénteselo al médico que por misericordiosa providencia de Dios ha venido de España á Francia y de París á Montmorency, á tiempo de salvarme; cuéntelo Vd. á cuantos tenga ocasion para que alaben á Dios y vean cuán cierto es que da ciento, y mas de ciento, por uno, y menos de uno.

Hace muchos años era yo alcalde de La Vallette. Propusieron unos en el municipio hacer un teatro; otros hacer una iglesia; ni voto decidió la cuestion, y la iglesia se hizo. *Faltó dinero y yo lo di.* Terminadas las obras, fué el Obispo de Versalles á consagrar el templo. A título de alcalde, y por ser el más rico, di un banquete para solemnizar la fiesta. *En la mesa puse en frente de mí al Obispo.* Y para vengarme de mí mismo y desagruar á mi impiedad de lo que habia contribuido á la construccion de la iglesia, no encontré medio mejor que martirizar al Obispo, desatándome en injurias contra Dios, sus santos, su Iglesia y sus ministros. El Obispo me oia en silencio, con severa dignidad que me exasperaba y me hacia vomitar mayores blasfemias. Cuando el Obispo se iba á marchar, me llamó aparte y me dijo:

—Señor alcalde, excuso decir á V.

con cuanto disgusto le he oido blasfemar y disparatar. Seria menester que tuviera V. fé para que comprendiera mi disgusto. Pero todas las iras del infierno son impotentes para hacer que lo que ha sido no sea. «Cuantas blasfemias y maldades invente V. no pueden hacer que el templo que he consagrado no sea obra de V.; y que no sea V. el que ha erigido un lugar de oracion donde Cristo sea inmolado en bien de los que maldicen y donde los cristianos ruegen por los que le calumnian y persiguen.» No sé cuando, ni sé cómo; pero el que ha prometido no dejar sin recompensa un vaso de agua dado en su nombre, ha de pagarle á V. lo que ha hecho para levantar una iglesia donde su nombre sea glorificado. «Acuérdese V. de mi profecía.»

—La olvidé—añadió M. Lechelt—pero cuando mi sobrina me indicó la proximidad de la muerte, el recuerdo de aquella voz del cielo pudo más que todas mis maldades. ¡Así castigó mis insultos aquel santo apóstol! ¡Así se venga Dios de todas mis iniquidades!

El cura de Montmorency y el doctor Vicente hicieron diligencias para enterar al piadoso Obispo de lo que habia pasado. Pero ya lo sabia, habia muerto, y desde el cielo habia presenciado aquel milagro portentoso de la misericordia y de la gracia incomparablemente mayor que sanar á los enfermos y resucitar á los muertos.

(Semanario Católico de Puerto-Rico.)

## VARIEDADES.

Tomamos de un apreciable colega:

*«Un artículo elocuente en siete líneas.*

—Además de las pruebas, de todos conocidas, que demuestran la divinidad de la Religión católica, hay en estos tristísimos tiempos otra prueba no menos concluyente, y es la que sigue:

*«La Religión católica es divina, porque existe á pesar de la conducta que observamos muchos de los que nos llamamos católicos.»*

¡Dios mío! ¡Dios mío! Iluminanos. Conserva en nosotros la fe. Inspíranos buenas obras. Sálvanos.

*División de los católicos.*—Hay muchos católicos de Credo; hay pocos de Mandamientos; hay menos de Sacramentos; hay muchos menos de oración. La soberbia es el demonio de los revolucionarios. La envidia es el demonio de los que nos llamamos católicos. La ambición es el demonio de casi todos.»

## ANÉCDOTA.

En una noche borrascosa en que llovía á mares fué llamado un sacerdote al lecho de un moribundo en una posada de Dublin. Apenas avisado, se pone en camino para la posada, visita al enfermo y le administra los Santos Sacramentos. El posadero, que era protestante, despues que el sacerdote salió del aposento del enfermo, lo convidó á que pasase al salón con la intención de hacer prosélitos, y presentándole algo que comer, empezó á de-

cirle: «Considere, Padre, cuán orgullosos son esos Obispos y Cardenales y con cuanto lujo viven. Estoy seguro que el Cardenal ha enviado á usted aquí con la lluvia, mientras él está sentado cómodamente junto á la chimenea y bebiendo su punch.

«Señor mío, le replicó entonces el sacerdote, usted tiene una falsa opinión de él porque jamás obra así.»

«¿Y cómo lo sabe usted? respondió el posadero.

«De buena fuente, replicó el sacerdote; todavía, no me ha preguntado usted mi nombre.»

«¿Y cual es este? preguntó el protestante.»

«Cullen, dijo el sacerdote, soy el Cardenal Cullen.»

El posadero se puso en pié y le dijo: «Perdone Vuestra Eminencia, no lo sabía, voy á poner un coche á su disposición.»

«No, no, le respondió el Cardenal, volveré como he venido, pues ya estoy acostumbrado á ello, y partió.

Algunos dias despues, el posadero visitó á Su Eminencia y le manifestó el deseo de ser instruido en la doctrina de la religión católica, y el Cardenal le indicó un sacerdote á quien debía dirigirse, y en poco tiempo el posadero abjuró del protestantismo y se hizo católico.

NORA Y LA HERMANA BRÍGIDA.

TRADUCCION.

Era una tarde fría y tempestuosa: la lluvia caía á torrentes; el huracán

silbaba con furia, de tiempo en tiempo los resplandores de los relámpagos iluminaban las desiertas calles de Londres.

Una niña irlandesa despreciando la embravecida borrasca, había salido á vender algunas pajuelas que ocultaba entre los pliegues de su andrajosó vestido. Caminaba, con paso lento y trabajoso: en sus hermosos ojos negros que la palidez y el rostro hacia resaltar aún mas, se pintaba la angustia y el dolor.

Aquel día no había ganado mas que tres suses y su desnaturalizada madre, despues de castigarla cruelmente, la había echado á la calle, sin que ni las lágrimas, ni los ruegos de la infeliz niña pudieran ablandarla. El huracan era para la pobre muchacha caricias mas tiernas que las de su casa.

Contaba á la sazón siete años, y no tenía otra idea que la de su miseria: se consideraba inferior, mas vil que la que le había dado el sér ¡Pobre niña! á nadie pedía socorro: Dios mismo le era desconocido, y con todo el ángel de los pobres la acompañó en su dolor y la guió en medio de la tempestad.

Andando siempre á la ventura, Nora se encontró al fin delante de una puerta, que cada vez que se abría, dejaba salir ráfagas de luz y de calor ¿Cómo resistir á semejantes atractivos? La niña corre al ver tal novedad y penetra en el edificio. Era una Iglesia en la que también había pobres como ella y principalmente niños. Nora se sintió fortalecida.

Apenas hubo entrado empezaron los cánticos, cánticos que le conmovieron dulcemente, porque jamás había oído cosa tan hermosa. Despues un sacerdote dirige su palabra á la multitud, á los niños que se le acercan: todas las miradas se vuelven entonces hácia el ministro del Señor.

La pobreniña nada sabia de las cosas del cielo, la gracia del bautismo estaba muerta en su corazón: sin embargo, el Dios de los afligidos, Jesús amante de los niños, consolaba su desolacion; y cuando habló el sacerdote, Nora comprendió la palabra santa; aprendió que Dios la había creado, que Jesús la había amado hasta morir por ella, y que quería verla un día cerca de El en los resplandores y alegrías de la gloria. La niña escuchó todo como fuera de sí, y creyó en esta maravillosa historia de amor. Y cuando volvieron á empezar los cánticos, cuando se elevó en el aire un dulce perfume y las gentes se inclinaron hácia el suelo, Nora conoció que allí pasaba alguna cosa solemne.

Ella lloraba amargamente. Volvió á encontrar á su madre adormecida por el sueño de la embriaguez, y cubriéndose con un ropaje andrajosó se hechó sobre la dura piedra.

(Continuará.)

